

los favores te ha prodigado; que tanto bien nos ha hecho.

No lloro. ¿Por qué he de ocultártelo? Las fuentes de mi dolor están agotadas. ¡He sufrido tanto! Tampoco duermo. Desde que te fuiste, ni por una hora; ni por un minuto he logrado conciliar el sueño. Escribo delante de un espejo y no me conozco. Estoy tan pálida que me parezco al cadáver de mi madre. ¡Pobre madre mía! ¿Cómo llorará al verme tan desgraciada? Amar tanto para padecer así. Adorarte con todo el frenesí de mi juventud y verme por la suerte desposeída de tus caricias y desposeída para siempre. ¡Para siempre! Esa palabra hiela mi corazón. Estoy siempre murmurándola. Me consuelo, porque creo que si la repito mucho llegará á matarme.

Yo creo que moriré de amor. Esa creencia me consuela. Creo que el veneno de mis desgracias emponzoñará mis días. Mis ojos se entornarán para siempre, porque no les será permitido contemplar tu rostro. Ernesto, Ernesto mío. Te adoro. ¿Por qué he de ocultártelo. Si, te adoro con todo mi corazón. Voy á escribir infinitas veces esa palabra; porque mañana seré ya para siempre de otro ser, á quien no amo.

Me parece que el corazón quiere llorar. Aun quedan algunas lágrimas en mis ojos. Son el último tributo que á tu amor puedo rendir. Llora; si, llora. Hago mas que llorar; sollozo. Si este tiempo fuera eterno; si pudiera pasar la vida escribiéndote, nunca mis ojos llegarían á secarse. También se ha secado la fuente del jardín. El gilguero ha muerto y las enredaderas también. Han muerto sedientos. ¿Cuanto habrán padecido!

Ni siquiera pude oír el último gorgojo del gilguero ni recoger la última flor de las enredaderas.

¿Por qué nos habremos conocido? Te estoy viendo y tiemblo. Sondeo mi amor y me espanto. ¿Te acuerdas de nuestros paseos á la luna? Del rosal que cultivabas para tegerme una corona de rosas blancas; una hermosa corona de desposada, que te recreabas ya; entrelazándola con mis cabellos? ¿Te acuerdas de nuestros sueños despues de nuestras bodas? Viviríamos en el campo lejos del trato de los hombres. Todos los días, según pensábamos nos levantaríamos con la aurora para coger flores cargadas de rocío. Iriamos á buscar al desgraciado á su lecho para llevarle la felicidad y el consuelo. Tú cantarías, con el laúd, nuestros amores, mientras yo lavaba en un arroyo las yerbas que habíamos recogido para pasar el día. Al caer la tarde rezaríamos el Ave-María. ¿Y esto no ha de realizarse? No: todo fue un sueño. Ahora la suerte me obliga á casarme con un hombre que me repugna; Ernesto; que me da asco. Y no puedo libertarme, y no tengo esperanza. Amamos sin esperanzas. ¡Y no he de volver á verte! No, no, no vengas; porque ya no hay remedio. No vengas porque tu amor y mi virtud están reñidos. Déjame morir aquí con mi desesperación; con mi locura. Y este amor tan grande que tan felices nos hacía y tan virtuosos; este amor que Dios nos inspiraba; este amor que te enseñó á creer y á orar; este amor mañana es una ofensa hecha á los cielos.

Tal vez me acusarás. Entonces te compadeceré Ernesto, mucho mas de lo que te compadezco. ¿Se puede renunciar voluntariamente al amor ó á la felicidad? Yo me suicido porque mato mi esperanza; mis ilusiones; pero me suicido obligada por la fatalidad. ¿Y no es temible un suicidio moral? ¡El corazón late desgarrado y la esperanza se disipa! ¡La esperanza, que es la última estrella que apaga su brillo en las tinieblas de los dolores!

Es horrible este martirio que padezco. Todos mis días estaban consagrados á pensar en tí, y á soñar con mis dulces amores consagradas estaban todas mis noches. Bendecía al sol porque iluminaba tu isla; y se perdían mis ojos en el mar, porque allí vogaba tu

barca. La campana de la oración me estremecía de amor, porque nuestras súplicas se encontraban en el espacio para subir unidas á los cielos. Y la luna, mensajera de tu venida á las costas, me inundaba de placida alegría. Y todo ha muerto para siempre. ¡Y los domingos! ¡Con qué devoción oíamos misa! ¡Qué flores tan hermosas me traías para adorar el altar de la Virgen! ¡Qué cánticos tan nuevos y tan dulces entonabas por las tardes en las playas! Yo tenía zelos hasta del eco que repetía tus acentos. Yo queria que nadie te oyese temerosa de que todas las jóvenes, que por las cercanías vagaban se enamorasen de tí. ¡Y todo ha huido! Todo me recuerda tu amor. Llevo la bata que llevaba la noche en que nos despedimos. Conservo cuidadosamente el lazo celeste que adornaba mi cabeza la vez primera que nos vimos. Cuando muera pediré que me entierren con ese vestido, y que sobre mi cuerpo inanimado estendán ese lazo. Así ha de ser mas dulce mi sueño. Todas las flores que me traías las guardo. Están secas como nuestra felicidad. Cuando nadie me oiga cantaré aquella canción que á orillas del mar me enseñaste, cuando la tierra tenía tantas flores como ilusiones nuestras dos enamoradas almas.

Ernesto: ¿Será verdad que ya jamás podré escribirte? Me parece que estoy soñando. Adios para siempre. No te acuerdes de mí. Si, si, acuérdate siempre por piedad. No he cometido mas crimen que ser muy desgraciada. La desgracia debe ser un crimen muy espantoso cuando tantos castigos me acarrea.

Ernesto: tal vez otra mujer, que no te amará tanto como yo, te hará mas feliz. ¿Y tendrás valor, Ernesto para olvidarme; para ser de otra? Ay, no, no: me moriría de zelos. ¿Pero con qué derecho pretendo arrebatarle la dicha, que te reserve el porvenir?

Yo desde el fondo de mi desolación pediré á Dios que me olvides si por mis recuerdos padeces; que tu corazón encuentre una compañera virtuosa y amante, y... que muera yo pronto.—María.

XLI.

El día de boda.

A las siete de la mañana, don Braulio estaba ya á la puerta de la casa de su novia, arrastrado por potros andaluces en un suntuoso carruaje. Llevaba pantalon azul, chaleco carmesi, frac verde botella con botones de oro, camisa con chorrera, una grandísima aguja de diamantes, un reloj descumunal de oro pendiente de larguísima cadena cargada de diges á saber: un cañon, corazones traspasados por flechas, jabalies, corceiros, etc.; etc.; los guantes eran amarillos y el sombrero de color de chocolate.

¡Que exquisito gusto! No se puede negar que el tal don Braulio era un hombre esencialmente estético.

María solo llevaba un vestido de merino negro, y una mantilla española, traje que sienta bien á toda mujer graciosa.

Su sencillez, propia de una viuda, contrastaba con la churriguresca ornamenta de su churriguresco novio, el cual hizo un gesto de disgusto y despecho al verla tan pobremente ataviada.

Isabel, única amiga de María, la acompañaba y la sostenía; porque la infeliz no podia sostenerse; tan profunda era la enfermedad de su alma.

Don Pedro subió al coche. No sabia lo que por él pasaba. Su hija le dijo que deseaba casarse con don Braulio, y él luchó y luchó contra su decision; pero nada logró alcanzar de su hija que estaba resuelta á salvar á su padre.

María se habia llegado á convertir en una máqui-

Su fe tranquila no podía apagarse en el vacío de pasajero silencio. Pero el temor de que inesperada desgracia hubiese asaltado al ángel de sus ensueños amargaba todas las horas de su existir.

Toda compañía le era enojosa. Necesitaba entregarse á sus pensamientos. Alguna vez atormentado por su triste penar, recogía todos sus recuerdos, invocaba á la celeste inspiración, y sus amores se convertían en torrentes de santísimas armenias. Escribía versos hijos de su pasión, y destinados á enjugar sus propias lágrimas. Entonces con ese vuelo mágico del poeta que sacude el polvo de las tumbas, y atraviesa la oscura noche de la ausencia veía á su amada entre coronas de flores á orillas del mar; perdiéndose en el cielo de su infinito amor, y pronunciando el querido nombre de su Ernesto.

¡Feliz el poeta, porque para el poeta no hay espacio, porque para el poeta no hay tiempo. Nosotros los mortales tenemos que arrastrarnos por el suelo para seguir el curso fatigoso de nuestra triste vida, y encerrarnos en el tiempo para contar los días que fueron, y prever los días que serán. Vosotros, poetas, vagáis en las alturas entre los coros de estrellas que os revelan sus secretos, arrullados por el aliento de Dios, bendecidos por la humanidad, con una aureola en la frente, y una palma en las manos, reclinándose en el seno del ángel de la gloria que os lleva en sus celestes alas, al través de sonrosados celajes hasta el dintel de la eternidad.

Cuando mas embebido en su pensamiento se encontraba Ernesto, entró un criado y le presentó una carta. El corazón del joven poeta latió con violencia. Cuando se vió solo rompió con precipitación el sobre de la carta. Conforme iba leyendo, palidecía, se agitaba, sus ojos despedían como centellas, se crispaban sus cabellos, y nervioso temblor sacudía su cuerpo. Después exhaló un ay dolorosísimo, y dejó el rostro sobre las manos quedando como atetargado en su desesperante actitud.

XLVII.

Perder el amor para un joven es perder la vida. Cuando se ama, la naturaleza es un templo, y el corazón un altar. Los cielos brillan con deslumbrante esplendor, se sonríe la luna con amorosa sonrisa, y el sol resplandece con la misma luz que arde en la exaltada imaginación. El aroma de las flores es el incienso que se quema en aras del amor. El murmullo de una fuente, el susurro de las hojas, y el suspirar de las auras son conciertos que cantan las prendas de la mujer amada.

Todo el mundo aparece subordinado al amor. Los astros brillan para iluminar la dicha de los amantes, los arroyos corren por el placer de escuchar sus enamorados suspiros, los bosques se engalanan para servirles de silenciosa gruta, y las diferentes armonías de la naturaleza con los ecos de sus cantares. ¡Bendito sea el amor!

XLVIII.

¿Será verdad? Decía Ernesto, volviendo á leer la carta. Entonces se explicó la generosidad de su tío. Negra rabia se apoderó del joven. Ardía en negro afán de venganza. Pero como su amor era su existencia sintió que el deseo de vivir se apagaba en su seno. La vida sin objeto no es vida. La vida sin esperanza no puede sobrellevarse. Leamos la carta que le inspiró su despecho.

«Para qué vivir, María, cuando el destino nos

asesina. Toda lucha es inútil. Ya estoy vencido. Ya me entrego maniatado á la desgracia. En nada creo, nada espero. El mundo me rechaza, y la muerte me halaga. Yo oíré María sus halagos. Se escapa el alma del cuerpo. ¿Podré yo contenerla cuando el cuerpo me pesa con horrible pesadumbre? El dolor hace fermentar la vida que se desvanece y se disipa. Vivir sin ti es imposible. Tu padre no se ha suicidado, María, no; pero se suicidará tu amante. Cuando la desgracia ha de herir una frente señalada con el sello del destino es inútil combatir á la desgracia.

«¡Qué feliz habrá sido ese hombre que ha devorado tus gracias!

«¡Qué feliz!

Y una contracción nerviosa le hizo rasgar á su despecho con la punta de la pluma el papel en que escribía.

«Solo te ruego que viertas sobre mis recuerdos una lágrima.

«No quiero ir á perecer en el cieno del canal, no. Allí se muere en medio de lodo.

«Adios naturaleza. Tú que tanto me has amado; me ahogará ahora entre tus brazos. Ya no hay ambición, ni amor en mi pecho. Mi ambición es descansar, mi ańor es por la muerte.

«María, María. Llora. No quiero ser cobarde, no.

«Voy á morir sereno, tranquilo. No creo que tu esposo te niegue el triste privilegio de oír la voz de un moribundo. Adios, Adios.»

XLIX.

La manía del suicidio está muy en moda en el fatal siglo que vivimos. Y es porque la humanidad abandonando su camino, marcha á ciegas por los derroteros de la duda. La fe ha muerto en el corazón, y sobre su urna cineraria yacen los despojos de nuestra felicidad. Estamos postrados en la esclavitud, y parece imposible que después de los esfuerzos empleados por el genio para idealizar al hombre, nos revolquemos en el lodo del positivismo como parece imposible que después de tantos sacrificios que por la libertad se han hecho, estemos postrados en la esclavitud.

L.

Ernesto abandonó la casa de su tío: La mujer vestida de negro de que tantas veces hemos hablado, la abandonó también, porque vivía en un cuarto segundo de la misma casa. Ernesto se dirigió al embarcadero del camino de hierro. (Llamamos aquí camino de hierro por antonomasia á la mezquina línea que en Aranjuez acaba, y que Dios mediante, y á paso de tortuga concluirá un día en las costas del Mediterráneo). Buen espectáculo reservamos á nuestros nietos. Al pasar por la Puerta del Sol echó su carta al correo, y tomando un coche, se dirigió al camino de hierro por la Carrera de San Gerónimo. La mujer vestida de negro le seguía desde lejos.

En un momento se encontraron en Aranjuez.

LI.

¡Qué hermoso es Aranjuez! Es un canastillo de flores. Los montes esmaltados de árboles sostienen con sus azuladas crestas un cielo puro, sonriente como la felicidad y el amor. Los árboles cargados de flores sacuden sus verdes penachos mecidos por el aliento de las auras. Los aromas mas puros se respiran en su

recinto, y se oyen los mas armoniosos cánticos. La paloma como una rosa blanca salta de rama en rama; la oropéndola se mece sobre los canastillos de flores; el cisne se contempla admirado en los estanques; confúndese el colorín con los claveles; nubes de todas aves huyen del cazador y corren á sus bosques contentas y enamoradas, y el pavo real despliega sus abanicos de mil colores, y luce sus galas en medio de aquel risueño paraíso. La arboleda entrelazada, confundida, presta grata sombra, porque los rayos del sol no pueden penetrar aquel su espesísimo follaje.

Las rosas, los claveles, las azuleñas, y violetas mezclan sus perfumes, y embriagan el alma como si todo el campo fuera un inmenso pebetero.

Todo sonríe allí, todo alegra el corazón, cuando las bulliciosas fuentes, surgiendo como encantos, ascienden á los cielos y se burlan del aire, y argentan las copas mas altas de los árboles, y descomponen los rayos del sol en todos los esmaltes del iris, y vuelven á caer convertidos en líquidas perlas, rociando las flores y las estatuas, la verde yerba y los elevados palacios. Y este espectáculo encantador se renueva en



Luisa.

medio de todos aquellos bosques, de modo que los surtidores parecen columnas de cristal de roca encargadas de sostener la azul bóveda de los cielos.

Los estanques rizados por el viento, donde corren como espuma los ánades, las estatuas recostadas en sus grutas de jazmines, los gigantescos árboles de América, las cascadas que saltan entre artificiales penascos, las pintadas barcas que corren por do quier; el Tajo magestuoso como el manto de los reyes, murmurando antiguos romances en su cauce coronado de lirios; el Jarama que corre á prestarle el tributo de sus aguas; las blancas bocanadas de humo que exhalan esos trenes donde corre la civilización y las elevadas

cúspides de sus mil palacios ocultos como nidos entre el verde y oscuro manto del follaje.

LII.

En este eden va Ernesto á buscar la muerte. La muerte donde quiera se encuentra. Es tan dilatado su dominio que se extiende hasta los confines de la tierra, y tan grande su poder que domina sobre la corona del sol y sobre los tronos mas altos de los astros.

